

Un fin de semana sin...

No podía dejar de pensar en ese fin de semana sin Amalia, la quería tanto que ninguna sensación sería comparable al dolor de dejarla partir. Atravesar esa puerta enmudecería su espíritu al recordar su buen humor cuando le decía: Hoy nos vamos a Hawai! Ya tendremos tiempo de embarcarnos en ese viaje, le respondía María

Amalia era una joven intrepida de figura delgada, diminuta y no muy agraciada, tenía el cabello oscuro, los ojos achinados y un carácter inquietante.

La recordaría acurrucada en el sofá disfrutando de sus lecturas favoritas, su caminar de un lado a otro, impaciente, queriendo abarcar todo con su peculiar timbre de voz aguda y diciéndole constantemente: Quiero ser actriz...

Llegó el día y Amalia tuvo que marcharse... No estes triste... no llevo lujos pero soy envidiablemente rica y a pesar de ser tan joven tengo destreza de sobra, le dijo. Tomó su pequeña maleta y con paso dificultoso avanzó el largo pasillo que daba al jardín... María alzó su mano como gesto de despedida, sus lágrimas fueron cayendo una a una, mientras su mente agonizaba. No tendría otra cosa más en que pensar, cada minuto, cada momento se diluiría en la atmósfera queriendo acelerar el tiempo de espera para verla volver triunfante.

Desplomada sobre la cama, María iba rememorando hora tras hora los recuerdos, la infancia, la adolescencia, la juventud de aquel ser maravilloso que vino al mundo y que no pudo ser parte de la sociedad... Amalia, despojada de atributos, desfigurada por su enfermedad estaba condenada a un laberinto del cual era cada día más difícil sobrevivir... sonó el teléfono y escuchó una voz casi temblorosa, su corazón empezó a latir, apenas podía respirar... ¿Quién es? preguntó angustiada, luego un silencio profundo la envolvió... Mami, ¿me escuchas? le dijo: Me dieron el guion... Lo conseguí... No me esperes hoy ni mañana, continuó hablando, prometo volver cuando pueda tocar la cima con los dedos y regalarte mi corazón engalanado...